



Amaru

José Luis

El sol ya se ocultaba y el crepúsculo pintaba el cielo de un naranja rosado. Las nubes delgadas cubrían el poco azul que quedaba, pero parecían iluminar aún con el último reflejo del rubio. Era un espectáculo. Desde que Amaru se mudó allá arriba he pensado que duerme en una cama mucho más cómoda que la mía. Aunque los demás se rían, estoy seguro de que dormir en una nube es mucho más cómodo que dormir en una hamaca tejida con raíces. A veces quisiera mudarme con él, pero Amá me dice que debo ser paciente.

La brisa nocturna comenzaba a enfriar la aldea, así que me senté sobre la grama y recosté mi espalda sobre el peñón que aún estaba tibio. Los grillos cantaban tan alto que quería cantar con ellos, por lo que salté y los perseguí mientras pitaba como ellos. Creo que no les gusta como canto porque se callan cuando me acerco. Amá me miró con los ojos muy abiertos y me dijo que me sentara porque Anastasia y Felícita habían llegado. ¿Anastasia y Felícita? Yo solo veía dos filas de cazadores con brazos grandes pintados con tinta roja y negra. Parecían molestos; solo miraban hacia el frente con el rostro pintado de blanco. Los primeros cargaban los jabalíes muertos con las pezuñas amarradas al tronco que sostenían de sus hombros. Los segundos cargaban la caseta con troncos más largos y gruesos que también sostenían con sus hombros.

—Qué bueno que llegaron, mi barriga se estaba molestando. Se dijo Faras.

Los cazadores musculosos colocaron la caseta sobre la habitación subterránea del centro de la aldea. Todos los ojos de la tribu apuntaban hacia ella; estaba sostenida por cuatro columnas hechas de troncos de caoba y cada uno de ellos tenía un esqueleto de anaconda enrollado a su



alrededor con la boca abierta hacia el cielo. Nadie hablaba, pero tampoco había silencio. Las aguas medio turbulentas del río que cruzaba la aldea chocaban con los peñones de la orilla, las ranas croaban, los cuervos graznaban y el cri-cri-cri de los grillos aumentaba mientras la tarde se transformaba en noche. Desde la parte trasera de la caseta los músicos con el rostro pintado de naranja comenzaron a tocar los tambores al ritmo de su marcha circular.

–Amá, ¿por qué yo no puedo marchar con ellos? Preguntó Faras. Amá lo mandó a callar de inmediato.

Entonces los músicos detuvieron su marcha, dieron un golpe sincronizado a la tierra con sus enormes baquetas y miraron fijamente a la caseta. Los animales callaron, solo se escuchaba la fluidez del río. Del interior de la caseta aparecieron unas manos con guantes que apartaron la cortina de la entrada. Una mujer pequeña y enmascarada de apenas cinco pies caminó despacio hacia el centro del círculo que formaron los miembros de la tribu. Con calma se arrodilló y descansó sus manos abiertas sobre sus muslos mientras miraba al extremo de la aldea donde comenzaba la densa selva.

–¿Ella es Anastasia, Amá? Preguntó Faras y Amá no dijo nada.

–Amaru. Articularon despacio los músicos.

–Amaru. Repitieron.

–Amaru. Terminaron los músicos con un tono más alto.

Entonces otra mujer enmascarada y más alta salió de la caseta en dirección hacia Amá con una vela encendida. Felícita extendió su mano derecha a Amá y señaló a Anastasia con la izquierda sin emitir ningún sonido. Amá enderezó su espalda, dio un respiro profundo, le besó la mano a



Faras y acompañó a Felícita. Ambas caminaron hacia Anastasia. Todos observaban su caminar esperando lo inesperado. Felícita sacó un diente enorme de serpiente del bolsillo de su vestido colonial y le hizo un corte diagonal a la palma derecha de Amá. La madre solo cerró sus ojos con fuerza y levantó su cabeza. La enmascarada alta sacó una flauta de carrizo del otro bolsillo, la bañó con la sangre que caía de la mano y apagó la vela con la misma sangre. La pequeña enmascarada tocaba una melodía que parecía imitar la brisa y el paso del río. No había fogatas, pero la luna estaba tan llena e inmensa que iluminaba a toda la aldea de blanco, gris y negro. De repente varios arbustos se sacudieron desde el extremo que miraba Anastasia mientras continuaba su melodía. El sonido aumentaba poco a poco y varios miembros se inquietaron al ver los arbustos más cercanos sacudirse. A penas se veía una silueta oscura arrastrándose por el pasto. Mientras más se acercaba, más gruesa y larga se veía. Entonces a seis pasos de Anastasia apareció una anaconda de ocho pies de largo. Era un animal intimidante; una mezcla entre pupilas verticales con iris amarilla en una cabeza ancha conectada a un inmenso y ágil cuerpo escamoso con manchas marrones y verdes. Sin embargo, parecía inofensiva y elegante al acercarse al ritmo pacífico de la música.

Faras fue corriendo hacia Amá y abrazó sus piernas.

–Amá, ¿por qué es tan grande la serpiente? ¿Puedo tocarla?

–Solo si ella quiere. Cargan nuestra familia que vive en las nubes, Faras. Le dijo Amá.

–¿Amaru está dentro de ella? Preguntó Faras.

–Sí, mi amor. Dijo solloza Amá.

La anaconda elevó su cabeza a la altura de la flauta de Anastasia y se detuvo frente a ella como si la escuchara. Anastasia continuaba tocando y el animal pasó su lengua delgada sobre la sangre



fuera del instrumento; alejó su cabeza, la movió de derecha a izquierda y regresó a la densa selva. Tan pronto la serpiente desapareció entre los arbustos, Anastasia detuvo la melodía y caminó hacia Amá para entregarle la flauta. La madre la recibió y le besó las manos a la enmascarada. Anastasia asintió y bajó las escaleras de la habitación subterránea. Entonces Felícita se acercó a Amá, oprimió un puñado de hojas amarillas en la herida y la humedeció con un paño.

–En dos noches estará cubierta. Dijo Felícita con voz ronca; le acarició el mentón a Faras y fue a la habitación con Anastasia.

Los músicos reiniciaron la música; tocaban los tambores, las maracas y las flautas. Los cazadores encendieron la fogata para cocinar los jabalíes y en cuestión de varios minutos la aldea se convirtió en un festival nocturno.

Sin embargo, Amá y Faras se acostaron en su hamaca hasta la mañana siguiente. Al otro día Felícita despertó a Amá para verificar su herida y la madre notó que Faras no estaba en la hamaca ni en la habitación; ignoró los comentarios de Felícita y comenzó a buscar ajetreada a Faras.

–Ven conmigo. Le dijo Felícita.

Ambas caminaron pocos minutos hacia la orilla del río y al llegar Amá gritó aterrada.

–¡Mira Amá, es Amaru! Exclamó Faras mientras le acariciaba el cuerpo a la misma anaconda que apareció anoche. La serpiente rodeaba a Faras sin oprimirlo, parecía descansar sobre él.

–No la toques Faras, camina hacia acá, por favor. Dijo Amá en un tono alto y despacio intentando ocultar el frío que sentía en todo el cuerpo.

–Pero es Amaru, Amá, dice que te extraña.



Entonces Anastasia se acercó a Faras y a la anaconda mientras tocaba la misma melodía de anoche. La pequeña enmascarada esperó a que el animal se acercara a varios pasos de ella y de repente sopló un polvo rojo que guardaba en uno de sus bolsillos. La serpiente se escapó por el río de inmediato.

–Amaru. Dijeron los músicos que observaron lo ocurrido desde la parte alta de la orilla del río.

–Amaru. Repitieron dos veces más.

Faras fue corriendo hacia Amá y la abrazó con fuerza.

–Tenías razón Amá, era Amaru.

Anastasia miró a la madre y asintió en silencio. Amá sintió una tremenda confianza con la pequeña enmascarada, aunque nunca había visto su rostro. Aún impactada, con el corazón latiendo acelerado y el frío en su estómago solo le quedó abrazar a Faras y mirar al cielo mientras dos lágrimas cayeron de sus ojos.